

Diez Césares

Los emperadores romanos de
Augusto a Constantino



Barry Strauss

Ensayo histórico



edhasa

DIEZ CÉSARES

BARRY STRAUSS



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Ten Caesars*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Jordi Sàbat

Ilustración de la cubierta: Estatua sin cabeza de un emperador romano,
Museo Nacional de Roma,
Palazzo Massimo Alle Terme, Roma, Italia.
© B.O’Kane / Alamy Foto de stock

Primera edición impresa: septiembre de 2020

Primera edición en e-book: junio de 2021

© 2019 by Barry Strauss

All rights reserved. Published by arrangements with the original publisher,
Simon & Schuster, Inc.

© de la traducción: Tomás Fernández Aúz, 2020

© de la presente edición: Edhasa, 2020

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4788-3

Producido en España

A mis alumnos

Nota del autor

Por regla general, la ortografía de los nombres antiguos se ajusta a los cánones estilísticos de la obra de referencia estándar en este terreno: *The Oxford Classical Dictionary*, cuarta edición, Oxford, Oxford University Press, 2012.*

Las traducciones del griego o del latín son mías, a menos que se indique lo contrario.

Salvo que se señale otra cosa, todas las fechas son posteriores al nacimiento de Cristo.

*Hemos ajustado dicha normativa al español estándar (*N. del. E.*)

Cronología de los emperadores

PERÍODOS DE REINADO

Todas las fechas son posteriores al nacimiento de Cristo, excepto en los casos en que se especifique otra cosa.

Augusto 27 a. C. - 14 d. C.

Tiberio 14 - 37

Nerón 54 - 68

Vespasiano 69 - 79

Trajano 98 - 117

Adriano 117 - 138

Marco Aurelio 161 - 180

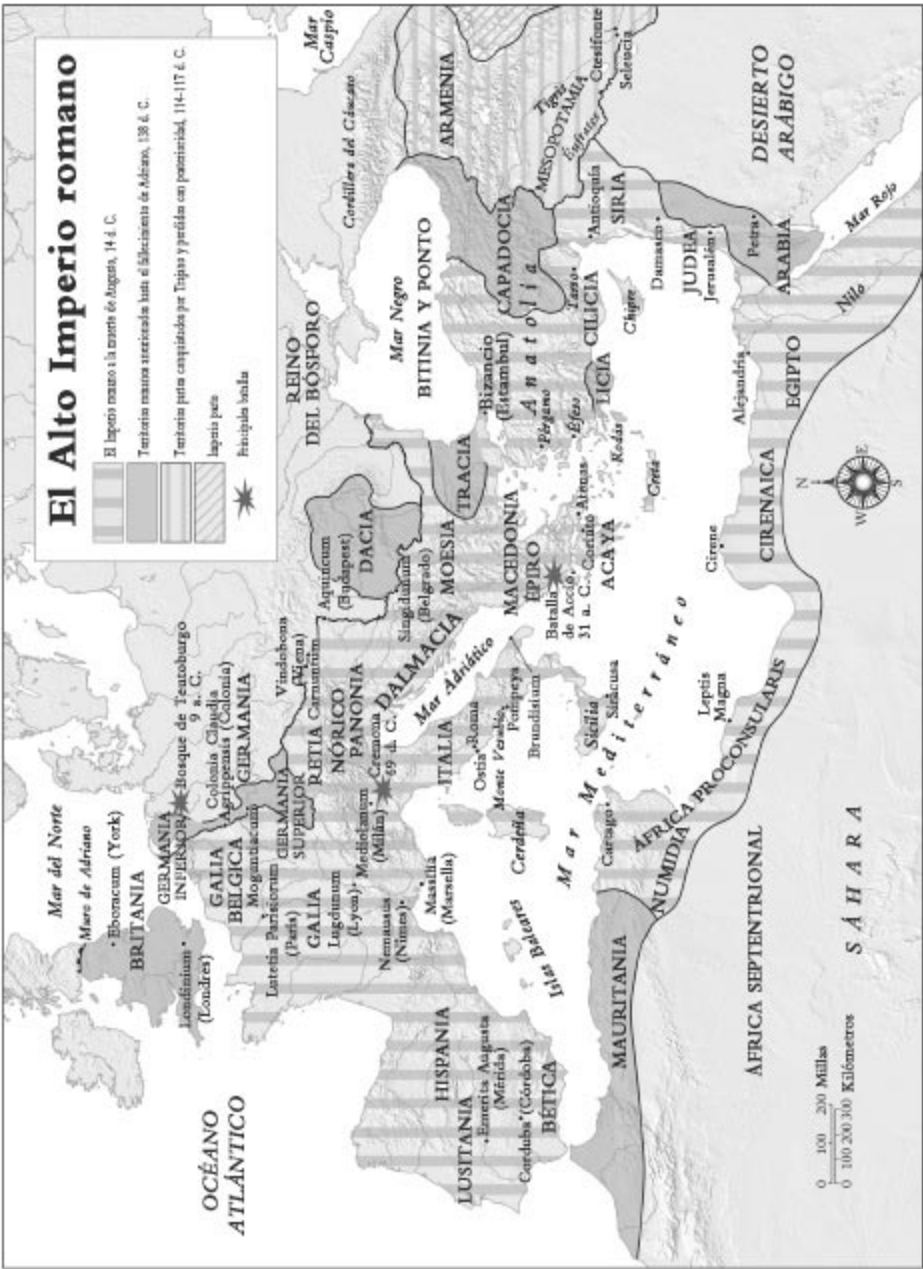
Septimio Severo 193 - 211

Diocleciano 284 - 305

Constantino 306 - 337

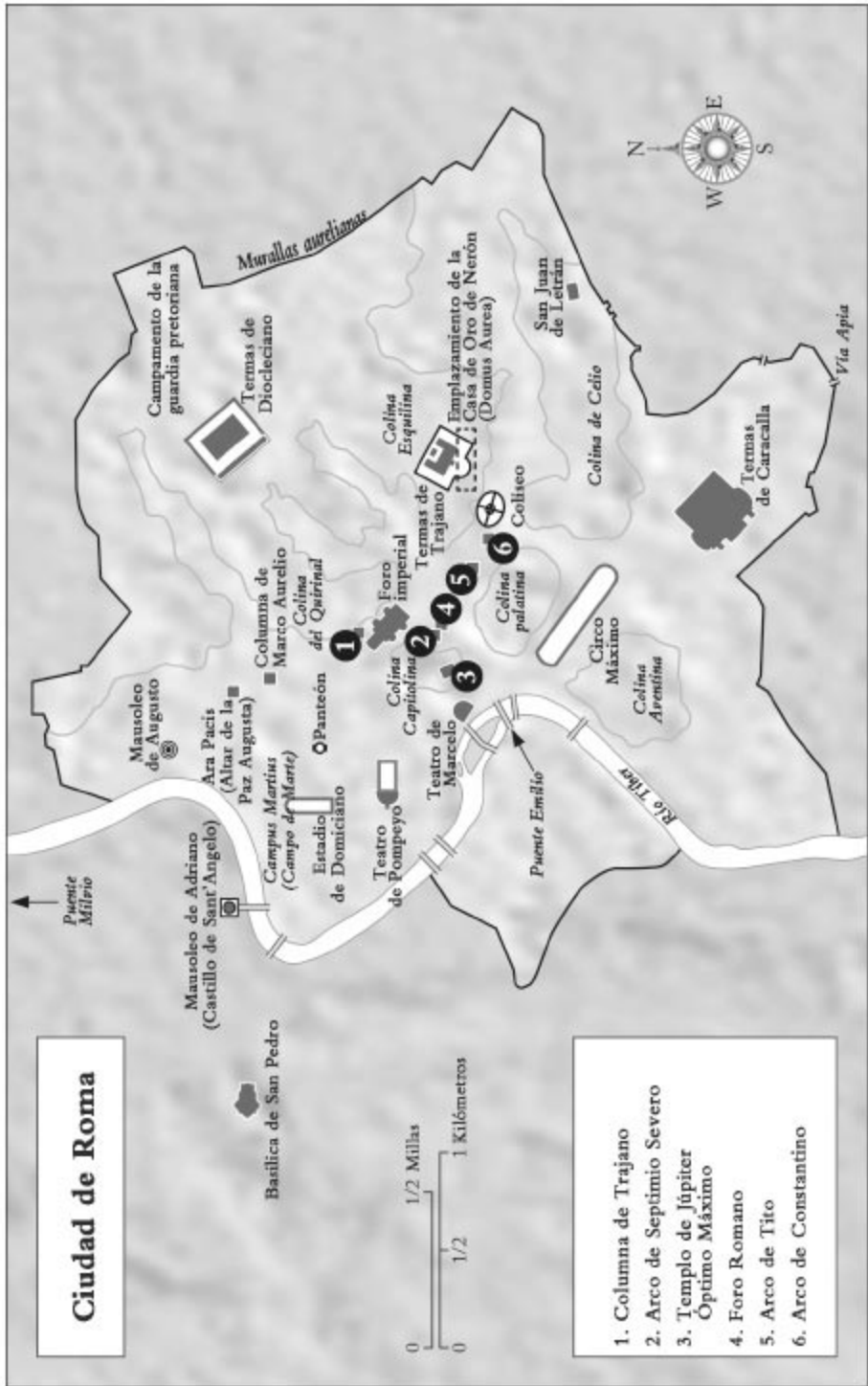
El Alto Imperio romano

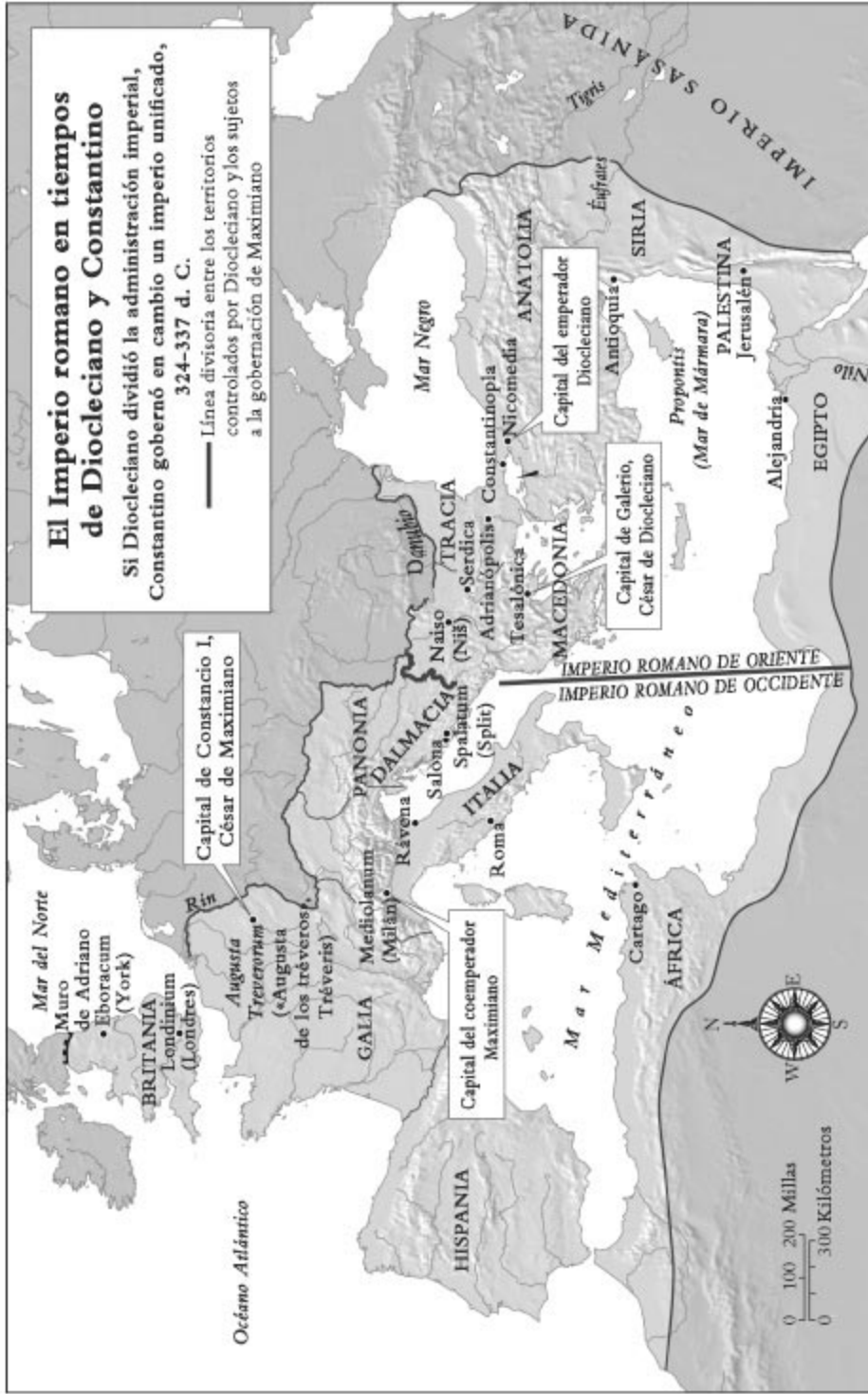
El lapso que abarca la era de Augusto, 14 d. C.
 Territorios nuevos incorporados hasta el fallecimiento de Adriano, 138 d. C.
 Territorios ya conquistados por Tiberio y perdidos con posterioridad, 114-117 d. C.
 lapso pes
 hitoplas vola



OCÉANO ATLÁNTICO

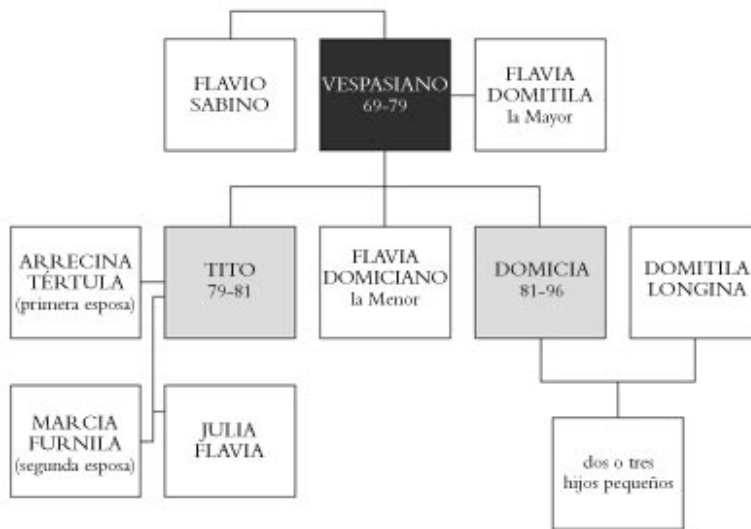
0 100 200 300 Millas
 0 100 200 300 Kilómetros



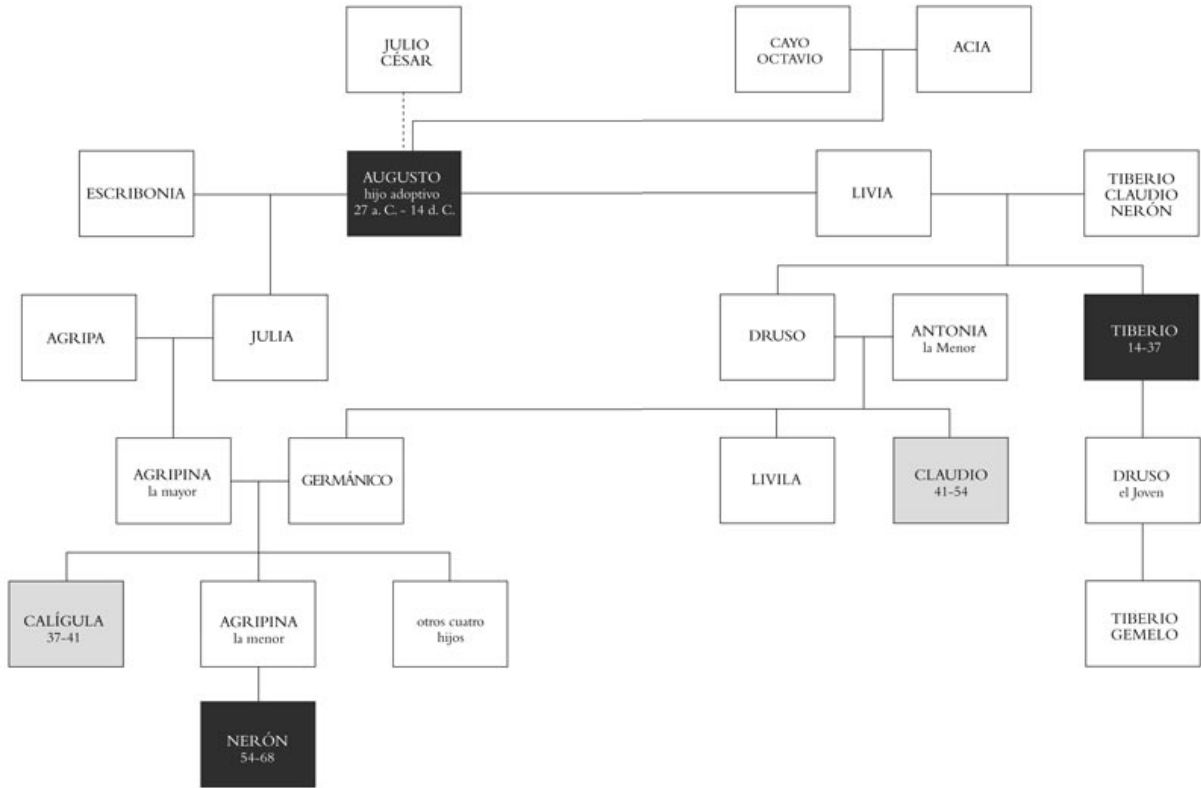


Árboles genealógicos de las familias imperiales

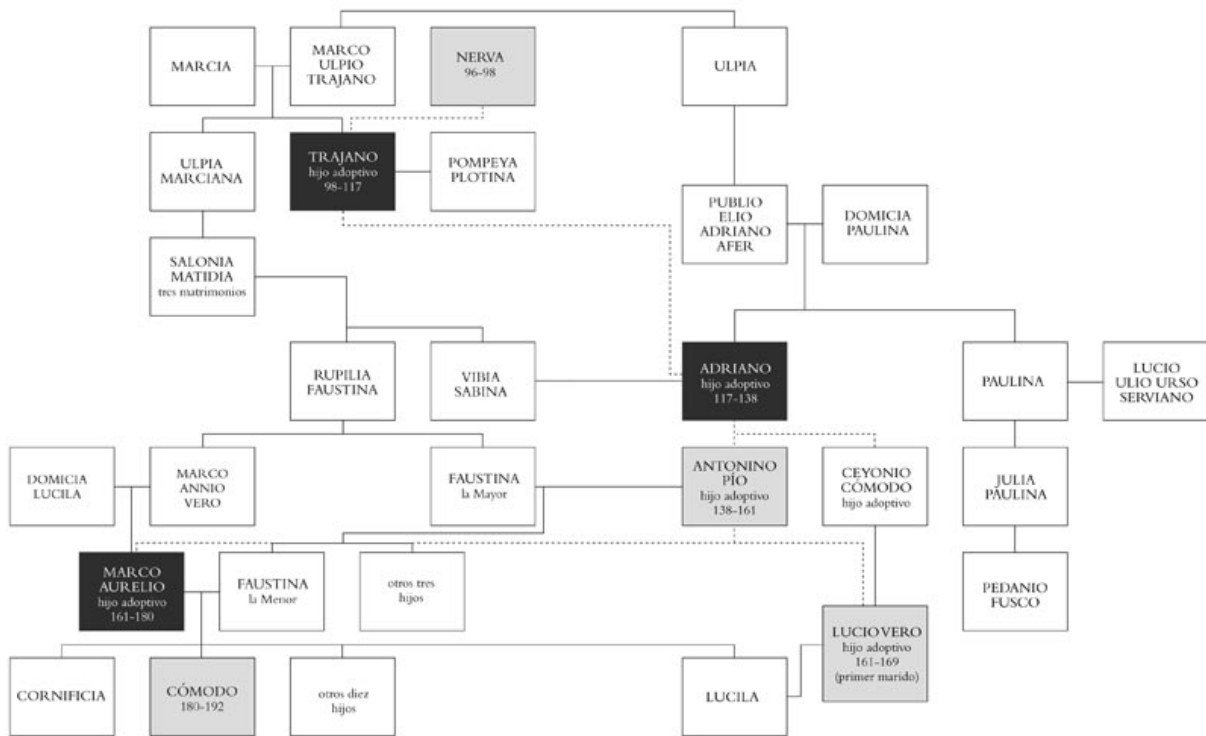
ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA DINASTÍA FLAVIA



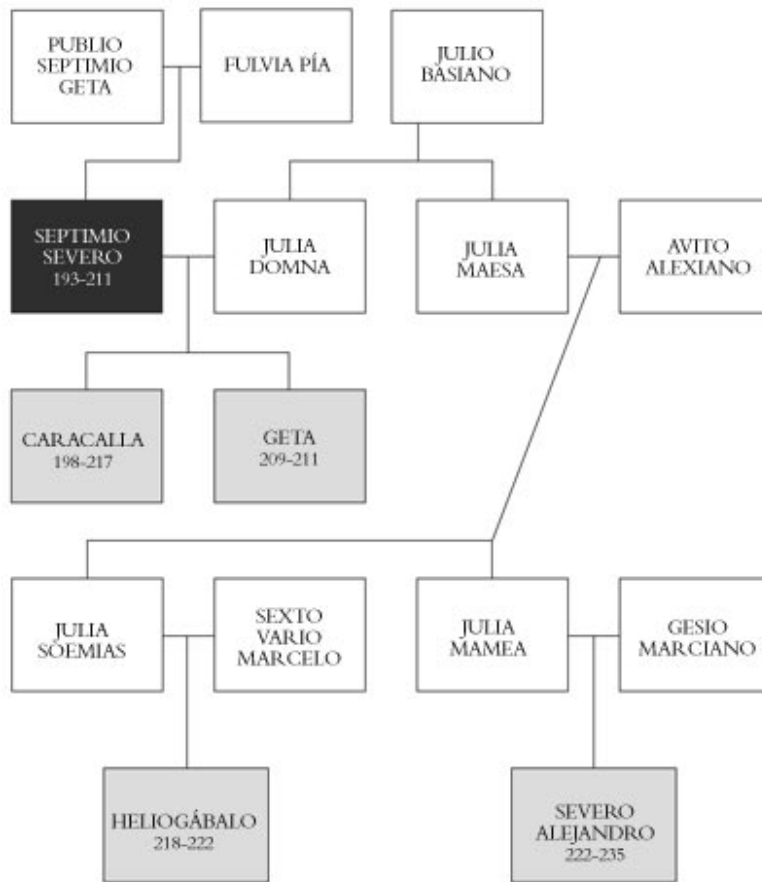
LA FAMILIA DE AUGUSTO Y LA DINASTÍA JULIO-CLAUDIA



LA FAMILIA DE TRAJANO Y ADRIANO - LOS CINCO EMPERADORES BUENOS



LA DINASTÍA DE LOS SEVEROS



LA PRIMERA TETRARQUÍA



LA FAMILIA DE CONSTANTINO



DIEZ CÉSARES

Prólogo

Una noche en el palatino

La oscuridad nocturna envuelve el monte Palatino, una de las siete colinas históricas que se elevan en el corazón de Roma. Imagínese en esa elevación, solo, después de que los turistas se hayan marchado y los guardas procedido a cerrar las verjas. El Palatino es un lugar sumamente tranquilo, aun durante el día, sobre todo en comparación con los abarrotados monumentos y enclaves de obligada visita de los valles que se extienden a sus pies. ¿No le parece por tanto que, a la luz de la luna, y durante un solitario paseo por esos espacios desiertos, podrían despertarse los espectros del Imperio?

A primera vista, podría tenerse la impresión de que lo más acertado sería responder con una negativa. La frondosa cima de la colina, abierta a los cuatro vientos, carece de la majestuosidad de las columnas y arcos del contiguo Foro romano, y tampoco puede competir con la espectacularidad del Coliseo y sus galerías manchadas de sangre. Las ruinas del Palatino parecen una confusa y desordenada masa de ladrillo, cemento y otras materias poco apropiadas a la idea del Imperio. Lo que se ha dado en llamar el Hipódromo –en realidad un estadio de forma ovalada–, por ejemplo, es *de facto* un jardín hundido, y la «casa de Livia» no perteneció jamás a esa gran dama.

Pero fijémonos con mayor atención, optemos por dar vuelo a la imaginación, y comprenderemos por qué el monte Palatino nos ha legado la palabra *palacio*. Fue justamente aquí, en el Palatino, donde el primer emperador de Roma dio en plantar el estandarte del poder, y desde aquí vinieron a regir también la mayor parte de sus sucesores, con mano firme y durante siglos, los destinos de cincuenta o sesenta

millones de personas. En sus inicios apenas era otra cosa que un modesto complejo para el gobernante y su familia, con un templo anejo para los dioses lares de la cabeza visible del Imperio. Con el tiempo iría convirtiéndose en una serie de *domus*, o «casas», de dimensiones cada vez mayores. Se trataba en realidad de un conjunto de estancias palaciegas que no solo se utilizaban como domicilios, sino también a modo de salas de audiencia en las que dar curso a los asuntos imperiales, celebrar consejos, reunir embajadas, proceder a los actos de salutación matutina, dedicar veladas al arte del banquete, orear pasiones amatorias, entregarse a los ritos religiosos –viejos o nuevos– y cultivar las tradiciones conspiratorias o la trama de asesinatos.

En sus días de esplendor, todo el lugar traslucía magnificencia. Los muros de sus edificios aparecían recubiertos de mármoles de vivos colores traídos de los cuatro ángulos del Imperio. En sus columnas relucía el amarillo de Numidia, el púrpura de Frigia, el granito de Egipto, el gris de Grecia y el blanco de Italia. Techos dorados cubrían sus altos ventanales y sus suelos provistos de calefacción radiante. Mientras en una de sus salas de banquetes se limpiaba y disponía todo para el próximo festejo, en otra mil comensales se sentaban a la mesa. El agua manaba, reluciente, en fuentes y albercas alimentadas por un acueducto específicamente diseñado para abastecer las necesidades del Palatino. Y algunas de sus estancias dominaban el valle y se asomaban al Circo Máximo,* permitiendo a sus moradores contemplar el espectáculo de las carreras de carros y actuando así a modo de lujoso y privilegiado palco de altura.

La persona que visite actualmente el Palatino tal vez alcance a imaginar sin excesivo esfuerzo los acontecimientos de una célebre cena en la que el emperador agasajó a sus invitados y en cuyo transcurso uno de ellos afirmó tener la impresión de hallarse en el cielo, en compañía del mismísimo Júpiter. O tal vez prefiera rememorar otro banquete, bastante menos grato, en el que el emperador ordenó pintar de negro las paredes del recinto y disponer los triclinios a la manera de otras tantas tumbas, lo que paralizó de terror a los convidados, que temían haber llegado al fin de sus días, aunque en último término logran conservar

la vida. También puede acudir a la mente del viajero el rumor de que otro emperador decidió convertir el palacio en un burdel, relato salaz al que sin embargo no ha de concederse demasiado crédito. Podemos representarnos asimismo las escalinatas del palacio, en cuyas gradas se vitoreó por primera vez a un emperador y a las que otro se encaramó como a un podio desde el que anunció su abdicación. Habrá quien prefiera evocar la entrada principal de la mansión, en cuyos umbrales se proclamó, resuelta a no ceder al señuelo de la corrupción, la nueva esposa de uno de los emperadores que la habitaron, y habrá quien opte en cambio por figurarse su acceso posterior, por el que otro máximo mandatario hubo de colarse apresuradamente en su propia casa para salvar de ese modo la vida *in extremis*, tras estallar una revuelta en el Foro como consecuencia de la falta de alimentos. O tal vez nos agrade más escrutar entre las sombras de la memoria los contornos de una sesión del Senado, celebrada en uno de los vastos salones de palacio, mientras la madre del emperador en el poder contemplaba las maniobras políticas, oculta tras unos cortinajes. Y aun habrá quien vibre con la visión del recóndito pasadizo en el que un enjambre de conspiradores dio muerte a un joven tirano. Y es que el Palatino fue escenario de todos esos hechos.

Desde esta altura, los emperadores regían lo que ellos mismos daban en denominar «el mundo»; es decir, un vastísimo reino que, en su período de máximo esplendor, se extendía desde lo que hoy es Gran Bretaña hasta el actual Irak. O sería mejor decir que intentaban gobernarlo, ya que fueron muy pocos los que destacaron positivamente en el ejercicio de tan extenuante labor. La administración imperial lograba gestionar adecuadamente los asuntos cotidianos, pero las crisis constituían un verdadero reto. Fueron muchos los emperadores que revelaron no estar a la altura de las circunstancias. No obstante, unos cuantos se desarrollaron extremadamente bien, ya que acertaron a dosificar, en igual medida, la ambición, la astucia y la crueldad.

Los emperadores romanos también dedicaban sus desvelos a la familia, pues no en vano dirigieron uno de los negocios familiares de mayor éxito de cuantos haya conocido la historia, y uno de los más

paradójicos. Para concentrar el poder en manos dignas de confianza, el linaje imperial echaba mano de todos sus miembros, incluidas las mujeres. Estas, en consecuencia –fueran madres, esposas, hijas, hermanas o amantes–, disfrutaban de un grado de control e intervención en los asuntos políticos que podría sorprender a más de uno. No obstante, se trataba a veces de familias muy mal avenidas, en las que abundaban los matrimonios forzosos y en las que difícilmente cabría juzgar de excepcionales las luchas intestinas o los asesinatos. En este caso, además, la definición de «familia» era por regla general tan vaga como flexible. Fueron más los emperadores que accedieron al trono como resultado de una adopción que los que lo ocuparon por haberlo heredado de sus padres, y en más de un caso arrebataron su posición a otro, tras vencerlo en una guerra civil. Tanto la gloria como la maldición del Imperio se debieron justamente al hecho de que la sucesión fuese muy a menudo una circunstancia puesta en tela de juicio, dado que ese impulso de impugnación fue un vector abierto al talento y a la violencia.

El primer emperador, Augusto, fue quien sentó las bases de cuanto habría de suceder después. Había sido adoptado por Julio César, el fundador de la fortuna familiar, que además de ser el último dictador de Roma era también su tío abuelo. Sin embargo, para prevalecer y alzarse a una posición de dominio, Augusto tuvo que librar una guerra civil. De hecho, su esposa, Livia, a la que en último término cabría considerar quizá la mujer más poderosa de toda la historia de Roma, fue en su momento una de las muchas refugiadas afectadas por los choques armados, hasta el punto de tener que huir del hombre con el que acabaría casándose.

Las páginas que siguen narran las peripecias de diez emperadores que acertaron a ejercer el mando con firmeza. Fueron los líderes de mayor capacidad y éxito que jamás haya conocido Roma (o bien se cuentan, como ocurre en el caso de Nerón, entre los que más fascinación han suscitado nunca; y, de hecho, hasta ese denostado emperador pirómano exhibió las virtudes propias de los grandes promotores de las obras públicas). En la Roma antigua, la definición del éxito variaba en función

de las circunstancias y el talento, pero el denominador común que reagrupa a todos los emperadores incluye algunos elementos invariables, ya que todos deseaban controlar la política interior, proyectar al exterior su poderío militar, capitanear la prosperidad de la nación, levantar la imponente arquitectura de Roma y mantener buenas relaciones con los dioses. Además, todos cuantos ocuparon el trono anhelaron también morir sin violencia en su propia cama y ceder los trastos del poder a un heredero de su elección.

Comenzaremos nuestro relato con Augusto, el fundador de la dinastía imperial, y la concluiremos, cerca de trescientos cincuenta años más tarde, con el autor de su segunda instauración, Constantino, que se convirtió al cristianismo y estableció una nueva capital en Oriente, llamada en su día Constantinopla, y a la que hoy denominamos Estambul, en Turquía. Entre ambos emperadores, en un punto cronológico aproximadamente equidistante de uno y otro, se sitúa Adriano, que no solo se consideraba a sí mismo un segundo Augusto, sino que fue uno de los gobernantes romanos que más contribuyó a apaciguar el Imperio y a permitir que los individuos de trayectoria independiente y linaje no específicamente ligado al círculo imperial accedieran a posiciones de élite. Por desgracia, Adriano fue también un tirano y un asesino, características que desde luego no lo convirtieron en un gobernante insólito.

Desde el arranque del Imperio hasta su desplome final, todos cuantos rigieron sus destinos recurrieron a la fuerza. Rara vez los veremos titubear cuando les convenga ordenar la muerte de rivales o disidentes. Dependieron siempre del ejército, pues no en vano era este el encargado de materializar las conquistas del Imperio, asegurar su defensa y sofocar implacablemente las revueltas. Hasta el mismo Marco Aurelio, un emperador-filósofo que no solo prefería volcarse en el arte de la paz, sino que en el momento de acceder al poder carecía de experiencia militar, acabaría dedicando la mayor parte de su reinado a combatir en los confines de sus dominios.

No menos importante es el hecho de que el ejército fuera también la institución capaz de elevar y destituir a los emperadores. No había

emperador que pudiera gobernar sin la aquiescencia de la soldadesca. La relevancia de las tropas superaba incluso a la del mismísimo Senado romano, cuyos miembros, escogidos entre la élite, asumían como clase el rol de líderes, al menos en los primeros tiempos del Imperio, dado que, andando el tiempo, los emperadores empezaban a confiar cada vez más las cuestiones administrativas a figuras ajenas a la casta senatorial, llegando en ocasiones al extremo de apoyarse en antiguos esclavos. Los emperadores también tenían en cuenta al pueblo romano, pero conseguían comprar su docilidad proporcionándole subsidios alimentarios y diversiones (aunque esto no debe inducirnos a pensar que los pobres, que constituían la inmensa mayoría de la población imperial, llevaran una vida holgada, ya que nunca fue así). Y no olvidemos, por último, que también los dioses desempeñaban un papel en el orden de las cosas. Todos los emperadores establecieron pactos de no agresión con los dioses, y más de uno y de dos entronizó a nuevas deidades en el panteón sin necesidad de rechazar a las antiguas. Lo que hizo de Constantino un emperador distinto a los demás no fue el hecho de que adorara a un dios inédito, sino la circunstancia de que diera la espalda a las divinidades ancestrales de Roma.

Ahora bien, la religión hunde profundamente sus raíces en el sustrato cultural de una sociedad, y desde luego el carácter de la cultura romana experimentó un cambio inmenso con la llegada de la monarquía. Con su esfuerzo combinado, Augusto y su sucesor, Tiberio, lograron una hazaña verdaderamente digna de los trabajos de Hércules. Reorientaron el rumbo del Imperio y consiguieron que este dejara de centrarse en las conquistas para volcarse en la administración. Despojaron de buena parte de su poder a la aristocracia, henchida de soberbia y marcada por sus tendencias militaristas y su propensión a las disputas banderizas, y comenzaron a ponerlo en manos de los burócratas, cuyos integrantes procedían de un conjunto de clases sociales menos prestigiado que el de la nobleza. Y también procedieron a desplazar de su posición central a la ciudad de Roma a fin de favorecer primero a Italia, y más tarde a las provincias.

Los sucesores de Augusto recurrieron a sus fuerzas armadas para anexar dos nuevas regiones al Imperio, pero, aun así, las ganancias territoriales que propiciaron no pasaron de ser simples reajustes de fronteras si comparamos estas conquistas con las efectuadas en los dos siglos anteriores, en los que Roma se adueñó por entero del Mediterráneo y del noroeste de Europa. Las élites conquistadoras tienden invariablemente a caer en la decadencia y terminan interesándose más en el dinero y en el placer que en la expansión. Sin embargo, en el plano de la conservación de los territorios invadidos, hay que reconocer que los romanos sobresalieron de la forma más notable.

Tras una fachada retórica de suntuosa extravagancia latía un corazón pragmático: tal era la auténtica médula de Roma. Ahora bien, quien se lance a la búsqueda de esa Roma real deberá apartarse de las recurrentes máximas de Cicerón o de la pulida prosa de Publio Cornelio Tácito para centrarse en cambio en el hecho de que Tiberio abandonase Germania sin dignarse siquiera a volver la vista atrás para contemplarla por última vez, o en la circunstancia de que el emperador Vespasiano justificara la imposición de un gravamen a los urinarios públicos con la chusca salida de que «el dinero carece de olor». Para lograr la supervivencia del Imperio los romanos estaban dispuestos a hacer lo que fuera necesario, ya se tratara de introducir savia nueva en la administración, de tomar arduas decisiones o de emprender retiradas estratégicas.

Al final, Roma acabaría perdiendo su papel capitalino. El emperador de Occidente aseguraba la gobernación instalado en el norte de Italia o en Germania, y con el tiempo terminaría desdoblándose el ejercicio del poder, al instaurarse un emperador de Occidente y otro de Oriente. El predecesor de Constantino, Diocleciano, comprendió que el Imperio era excesivamente vasto y que, por consiguiente, resultaba imposible que un solo hombre alcanzara a embridar los problemas que planteaba. Constantino, que consiguió echarse sobre los hombros tan ciclópea carga, fue en realidad una excepción.

A Roma todo se le quedaba rápidamente pequeño, pero esa fue justamente una de las razones de su éxito. La mutación era un elemento inherentemente asociado a los mimbres del sistema mismo, aunque eso no significa que se alumbrara con facilidad o sin derramamiento de sangre. Siempre había hombres de nuevo cuño que lograban auparse a la cúspide. Los dos emperadores que ocupan la zona media del libro, cronológicamente hablando –Trajano y Adriano–, nacieron en Hispania, la actual España. Dos generaciones más tarde, vemos acceder al trono a Lucio Septimio Severo, de origen norteafricano. Severo descendía de inmigrantes italianos, y es posible que también tuviera una ascendencia mixta, con antepasados procedentes tanto de África como del Oriente Próximo (a diferencia de lo que sucede por ejemplo con Diocleciano y Constantino, que provenían ambos de los Balcanes y carecían de sangre italiana). Pero en la cima política también se renovaba el perfil de las mujeres: la esposa de Severo era originaria de Siria, y la madre de Constantino había venido al mundo en el Asia Menor, es decir, en lo que hoy es Turquía.

Con el paso del tiempo, la diversidad de procedencia y carácter de los grandes señores y las damas ilustres que animaron las dependencias del Palatino conseguiría superar las expectativas del fundador del Imperio, por muy desmesurada que hubiera sido su imaginación. Su voz se apagó hace mucho tiempo y buena parte de sus nombres han caído en el olvido. Y, si en unos casos las estatuas que se les erigieron se han perdido, en otros los habitantes del mundo antiguo decidieron o bien derribarlas tras una revolución u optaron por borrar su imagen de las representaciones pictóricas en que aparecían o por raspar los bajorrelieves en piedra con los que se pretendió inmortalizarlos. Pese a todo, todavía podemos convocar su espectro, basándonos en los textos literarios, en las inscripciones epigráficas, en las obras de arte, en los restos arqueológicos y en el estudio científico de toda clase de materiales, desde naves naufragadas a sistemas de alcantarillado.

Los romanos siguen vivos. Y no solo en la imaginación de un viajero que se aventure a pasar la noche en el Palatino.

* Los circos romanos eran estadios de forma prácticamente rectangular (aunque con un extremo redondeado). Se utilizaban para acoger las carreras de caballos y de carros, además de otros acontecimientos. La denominación de «Máximo» indica en este caso que se trata del mayor de los que existían en la ciudad.

Capítulo 1

Augusto EL FUNDADOR



Augusto, detalle de la estatua de la Prima Porta. © Alinari/Art Resource, Nueva York.

Augusto es un icono por derecho propio. Pocas biografías históricas ilustran mejor que la figura de este emperador lo que es salir vencedor de todos los lances y avatares de la vida. No solo puso fin a un siglo de revoluciones, sino que acabó también con el período republicano de la Roma antigua, erigiendo en su lugar los cimientos del Imperio que él mismo sería el primero en dirigir. Sin embargo, el personaje de Augusto se halla asimismo envuelto en el misterio. Tras perder a su padre a la edad de cuatro años, logró convertirse con tan solo diecinueve en uno de los actores políticos más destacados de Roma. ¿Cómo pudo materializar semejante hazaña? ¿Y qué fue lo que le permitió alcanzar otras muchas metas, igualmente elevadas?

Así, ¿cuál fue la clave que lo llevó a superar la oposición de la más deslumbrante y renombrada pareja de la historia, la formada por Cleopatra y Marco Antonio? ¿Qué elementos hicieron posible que un muchacho tan frágil como él terminara transformándose en un jefe militar de enorme éxito? ¿Y qué determinó que, andando el tiempo, se le reconociera como a uno de los más célebres promotores de la paz que jamás haya llegado a conocer la historia? ¿Cómo se las ingenió para encontrar a su perfecta mano derecha, es decir, a un compañero leal, dispuesto a servirlo como general y administrador sin metamorfosearse en una potencial amenaza de usurpación del poder? ¿Cómo acertó a concertar con una mujer de tan brillante talento y astucia como Livia uno de los matrimonios más fructíferos y arduos de la historia? ¿Y qué factores le dieron ocasión de fundar una dinastía llamada a perdurar cien años y un imperio imbuido de una longevidad de siglos?

El propio Augusto respondería a varios de estos interrogantes al final de su larga vida, ya que mandó inscribir en las columnas de bronce que flanquean la entrada de su mausoleo de Roma una descripción detallada de su peripecia vital en la que puede leerse la siguiente afirmación: «Una vez que hube extinguido las llamas de la guerra civil, y tras recibir, por universal consenso, el control absoluto de los asuntos políticos, transferí el control de la República al Senado y al pueblo romano, a cuya voluntad quedó sujeta. Y, en reconocimiento de este servicio mío, el Senado me otorgó, por medio de un decreto, el título de Augusto».

Esa era desde luego la versión oficial, pero ¿responde a la verdad? Para saberlo, sigamos los pasos del muchachito que acabaría confiando este mensaje a la posteridad y examinemos su andadura personal.

EL HIJO DE ACIA

Nuestro protagonista vino al mundo el 23 de septiembre del año 63 a. C. La historia lo conoce como Augusto, pero es habitual llamarlo Octaviano cuando se alude a los treinta y cinco primeros años de su vida, dado que solo a partir de entonces adoptó el nombre de «Augusto».

Su padre, Cayo Octavio, pertenecía a una familia de carácter esforzado y luchador oriunda de una pequeña población al sur de Roma. Octavio, que poseía una importante fortuna, tenía asimismo grandes aspiraciones políticas, pero carecía del noble linaje que la mayoría de los romanos, pobres o ricos, esperaban hallar en sus dirigentes. Entre los romanos, la «nobleza» constituía un grupo verdaderamente reducido, ya que se circunscribía a los hijos y descendientes de los cónsules, es decir, de los dos máximos magistrados que se elegían anualmente para la gobernación de Roma. Octavio logró formar parte de ese restringido círculo aristocrático al contraer matrimonio con una sobrina de Julio César, hija de Julia la Menor, hermana del futuro dictador. Este casamiento abrió a Octavio y a su hijo pequeño las puertas del poder. El nombre de la autora del prodigio era Acia.

Los recién casados iniciaron el camino con buen pie, ya que se trasladaron a Roma y al poco Octavio consiguió auparse a las primeras filas de la política. Cayo Octavio parecía llamado a llamado a desempeñar la alta responsabilidad del consulado, pero la muerte le sorprendió repentinamente en el 58 a. C., en el camino de regreso a casa, tras un viaje que le había llevado al extranjero para ejercer tan breve como exitosamente la gobernación provincial. Acia quedó por

tanto viuda y con dos criaturas a su cargo: Octaviano y su hermana mayor, Octavia.

Como si el destino quisiera colmar de desdichas al chiquillo huérfano, su herencia quedó desbaratada como consecuencia de la mala gestión de al menos uno de sus tutores (y hasta es posible que en realidad se apropiara de ella). Pese a todo, el muchacho no solo consiguió sobrevivir, sino prosperar de forma sorprendente. Tres cosas constituían su mejor activo: su madre, su familia y su propia resiliencia.

Acia es una de esas heroínas cuya biografía olvida referir la historia. Y es que, en efecto, no la vemos intervenir en la partida. No sabemos qué aspecto tenía, ya que, al parecer, no ha llegado hasta nosotros una sola moneda con su imagen ni conocemos ninguna escultura suya. Es probable que, en las *Memorias* de Augusto, hoy perdidas, se trazaran precisamente los rasgos del retrato que habría de sobrevivir en la literatura tardorromana, cuyas páginas pintan a una mujer casta y chapada a la antigua que, además de mantener a sus hijos bajo una estricta disciplina, dio en vigilar muy de cerca la educación de Octaviano. Las fuentes nos hablan por tanto de una mujer sagaz, pragmática y diplomática, centrada por añadidura en impulsar sin descanso el ascenso social de su hijo.

A las madres romanas no les quedaba más remedio que dedicar sus energías a esa promoción filial. Era bastante frecuente que la muerte se llevara tempranamente a sus maridos, de modo que el deber de luchar por los hijos recaía sobre ellas. La historia de la antigua Roma está repleta de madres-coraje consagradas a la tarea de sacar adelante a su descendencia. La literatura latina ofrece el ejemplo de la diosa Venus, cuya decidida intervención espolea a su hijo, Eneas, y lo anima a cumplir el destino al que está llamado por los dioses, consistente nada menos que en fundar Roma. Teniendo esto en cuenta, no es de extrañar que los varones romanos reverenciaran por regla general a sus madres.

Poco después de enviudar, Acia volvía a casarse. En esta ocasión, el marido, que era otro destacado personaje público,¹ revelaría ser también un individuo escurridizo, ya que se las ingenió para auparse a la cúspide política pese a no adherirse a ninguno de los bandos que